



## CUENTO DE REYES

El choque fue muy violento. Al salir de una curva muy cerrada, el trineo -que circulaba a una velocidad excesiva, inadecuada para el mal estado de la carretera helada- no pudo frenar al encontrarse de frente a la caravana, y después de una forzada maniobra para evitar un desastre, se estampó contra un abeto. Los componentes de la caravana, aún asustados,

bajaron de sus monturas y se acercaron corriendo al lugar del accidente para encontrarse que la nieve caída del abeto a consecuencia del impacto había sepultado al que había provocado el accidente. A toda prisa y utilizando sus coronas como palas, retiraron a toda prisa la nieve que cubría totalmente el trineo para sacar a Papá Noel medio aturdido por el golpe y completamente cubierto de nieve.

-Pero bueno, ¿es que no ven ustedes por dónde van? –exclamó, enfadado, una vez recuperado del susto.

-¿Cómo que no vemos por dónde vamos? El que no lo veía era usted. A ver si encima quiere echarnos la culpa del accidente, que cara más dura... –contestó el Rey Melchor, secando la corona con el manto, antes de ponérsela de nuevo en la cabeza.

-Yo iba por mi derecha, mientras que ustedes iban ocupando casi toda la calzada con esos horribles camellos...

-No son camellos, son dromedarios –puntualizó el Rey Melchor, interrumpiendo al congestionado Papá Noel, ya totalmente recuperado del susto, aunque sacudiéndose furioso la nieve de la barba.

-Qué más da.

-No, que más da, no. A usted le gustaría que a sus renos les llamaran ciervos.

-Pues no... porque se ve claramente que son renos.

-Y nuestros dromedarios se ve claramente que son dromedarios.

-Bueno, bueno, no discutamos. Afortunadamente no ha pasado nada –dijo, pacificador, el Rey Baltasar, y añadió: -Pero que quede claro que son dromedarios, que dromedarios son los que tienen una joroba y camellos los que tienen dos.

-Pues en los paquetes de cigarrillos Camel aparece dibujado un camello... y sólo tiene una joroba –insistió Papá Noel.

-Ya lo sabemos. El que diseñó el paquete, en su ignorancia, se equivocó... y la equivocación ha continuado hasta nuestros días. Pero que se va a esperar del tabaco norteamericano... -dijo otra vez el Rey Baltasar.

-¿Y que tiene usted contra los norteamericanos? –preguntó Papá Noel, poniéndose en jarras.

-No, nada, pero últimamente no tiene usted más que echar una ojeada a los periódicos para...

-¿Se refiere a la guerra de Irak?

-Bueno, ese podría ser un buen ejemplo –dijo esta vez el Rey Gaspar.

-Claro, como ustedes tienen pinta de ser árabes... Seguro que son de Irán, o Afganistán, o del mismo Irak, sin ir más lejos... -dijo Papá Noel, con retintín.

-Nosotros somos los Reyes Magos de Oriente y vamos hacia Belén siguiendo una estrella.

-Sí, sí, siguiendo una estrella; lo mismo es un satélite espía o un misil... Sigo creyendo que ustedes son árabes y van hacia Palestina, o hacia la franja de Gaza... y vete a saber a qué.

-Pero bueno, qué disparate. ¡Y que lo diga usted, un anglosajón pro americano! –exclamó Melchor, indignado.

-¿Yo? ¿Anglosajón yo? Pero si soy de las Tierras Árticas, de las lejanas tierras heladas donde me paso el año preparando los juguetes para...

-¡Para los niños norteamericanos e ingleses! –le interrumpieron los tres reyes al mismo tiempo.

-¡¡Para los niños de todo el mundo!! –gritó Papá Noel.

-¡Y un cuerno! Usted es conocido, sobre todo, en Norteamérica y en Inglaterra, por más que la publicidad nos lo quiera hacer tragar. Donde vas a comparar la tradición de los Reyes Magos con la suya. Además usted existe solamente desde el siglo pasado, o como mucho desde finales del XIX, mientras que nosotros nos remontamos al nacimiento de la era cristiana. ¡Casi nada!

-Pero mi presencia tiene más incidencia en los pueblos ricos y civilizados y no en los subdesarrollados.

-Debería saber, a sus años, que generalmente las palabras rico y civilizado no casan bien, así que dejémonos de ricos y subdesarrollados.

-Bueno, bueno –intervino Baltasar de nuevo, interponiéndose entre Melchor y Papá Noel, que estaban a punto de llegar a las manos- ya está bien de discusiones. Que cada uno lo reparta donde quiera.

-Sí, lo que es yo, no sé qué es lo que voy a repartir. Miren cómo ha quedado el trineo.

Y entonces fueron conscientes del estado en que había quedado el trineo estrellado contra el abeto: completamente inútil para el reparto. Además, con el estruendo del golpe los renos, asustados, habían huido dejando plantado a su dueño. En vista del desastre, los Reyes Magos ayudaron a Papá Noel a recoger los paquetes de regalos diseminados por la nieve y decidieron prestarle aún más ayuda a su contrincante. Así que le propusieron que cargara sus juguetes a uno de los camellos de servicio de la caravana y que, a su vez, subiera en él. El ataque de risa fue monumental no sólo entre los tres Reyes Magos sino entre todos los ayudantes que formaban la caravana, que a Papá Noel le parecía que hasta los camellos (insistía en que eran camellos) se reían de él, al ver los esfuerzos que tenía que hacer para subir en la incomodísima montura. Cuando por fin estuvo montado sobre la joroba del dromedario, Melchor dio la señal para que la caravana partiera siguiendo a la estrella que, afortunadamente, había frenado su carrera para darles tiempo a resolver el incidente.

A las tres horas de viaje, hicieron una parada en una posada que había al lado del camino para cenar algo y para descansar un rato. Sentados a la mesa y mientras les servían la cena hablaron de mil temas, aunque al final la conversación se centró en los dos deportes favoritos de los que cenaban: el fútbol y el béisbol... y siguió la discusión.

-Dónde vas a comparar: el fútbol es el deporte rey... y no el absurdo ese del béisbol, que no lo entiende nadie, yo creo que no siquiera los que lo juegan –dijo el Rey Gaspar, mientras se servía una copa de vino.

-No lo entenderán ustedes los europeos, pero en Estados Unidos es el deporte nacional -dijo Papá Noel.

-Ya estamos con Estados Unidos. El fútbol es el deporte rey, repito, porque, entre otras cosas, es difícilísimo meter un gol. Mire, por ejemplo, qué le parece esto –dijo otra vez Gaspar, sacando un lapicero y un papel y dibujando una circunferencia con una serie de líneas de trazos y letras.

